

ENTREGAS DE LA LICORNE, 1-2, Montevideo, noviembre 1953, pp. 139-143.

INVENCIÓN FRANCISCANA

por
EDUARDO DIESTE

EN Reuniones de Estudio *dijo* EDUARDO DIESTE su “*Invención Franciscana*”. Hace años, después de largos viajes por Europa, había creado, en la misma rueda de amigos “*La Invención Eucarística*”, que se publicó en la edición de Teseo (1938).

En este otoño, y dentro del mismo ámbito de diálogo y Taller, otra vez de paso después de larga ausencia, este gran creador de cultura ha evocado una “florequilla” de antiguo linaje, con limpidez que recuerda a la original, en una coincidencia que podría ser prueba viva del acierto de esta Invención.

El presente resumen no pretende ser bueno: sólo tiende a registrar estas páginas que el autor considera su aporte para su “Teatro Imposible”, del que es ejemplo insigne su estampa “Los Ciegos”.

E. DE C.

No creo que se hayan hecho investigaciones especiales sobre el sentido social de la pobreza de SAN FRANCISCO.

Pero leyendo con atención las fuentes, creo que la intuición mía de que había un sentido sistemático en esta pobreza es casi evidente.

Sería interesante encontrar fundamentado este sentido. Por algunos rastros que enunciaremos de paso, creo que ustedes van a participar de mi intuición.

Es curioso ver cómo esa predicación de pobreza absoluta que es fundamento de la Regla franciscana, se ejerce a veces en una forma paralela a la de los bandoleros románticos españoles que robaban para dar a los pobres.

Muchas veces SAN FRANCISCO, cuando encontraba un rico con corazón magnánimo hacía una acechanza piadosa; se ponía en oración: el rico se convertía y entregaba su riqueza. Esto demostraría que anhelaba SAN FRANCISCO un reparto más equitativo de riqueza. ¿A qué pobres repartía el Santo ese excedente? Es cosa a averiguar: podrían hacerlo los sociólogos, los estudiosos especializados; pero creo que con un sentido social moderno.

Respetando la unidad económica de la familia productora, ese excedente no lo daba a los pordioseros, sino a las unidades económicas en formación.

“De acuerdo con el decir clásico, “tener una pobreza” no es ser pobre. No lo es el marinero que tiene un barco, el labrador que tiene una yunta de bueyes y un pequeño agro.

SAN FRANCISCO trataría, sin duda, de atenuar, con su dulce aguijón de oraciones, los efectos impíos de una desigualdad económica extrema.

En las *Floreccillas* se ve al Santo frente a muchos ricos cuyos bienes están en un nivel superior al de la riqueza con función social. SAN FRANCISCO reza, los convierte, hace de esos bienes un reparto que beneficiaría a familias en formación económica.

La teoría es así interesante. Hay un derecho a que estas unidades económicas crezcan hasta cierto nivel. En algunos países, tan noble sentimiento se halla vinculado a las ideas del pueblo y a programas de instituciones públicas. El gran capitalista deja a sus hijos un capital de trabajo, y lo demás a la obra filantrópica. No se concibe el capital ocioso, parasitario; y se piensa que la corrupción de los poseedores y la desesperación de los pobres, procede de la riqueza que no tiene aplicación social.

Estos ricos útiles serían como unos administradores de la riqueza pública. Se relaciona este problema con la afirmación de CHESTERTON: el Estado no debe hacerlo todo; debe haber centros de resistencia y de iniciativa fuera de su órbita, aunque pueda pensarse también que el Estado puede saber mejor a donde encauzar las corrientes de recursos con resultado social efectivo.

La actitud de SAN FRANCISCO coincide con la fórmula de BUSCÓN: *riqueza ilimitada del Estado, riqueza limitada de los particulares, pobreza voluntaria.*

Frente a los pobres de SAN FRANCISCO estaba yo en ese tiempo; pertenecía a los pobres sibaritas. Los pobres sibaritas son pobres filósofos, que se dan cuenta con una gran astucia mezcla de inteligencia y de instinto de que pueden vivir regalados al margen de una sociedad organizada y se benefician de la riqueza que otros levantan.

Un hombre de empresa puede ser un gran sacrificado, hasta sin darse cuenta de esto, envuelto en una nube de ambición, pero sacrificado. Puede haber un hombre que diga: Quiero vivir la vida como si fuera un gran capitalista sin capital.

Los pobres sibaritas gozan del sol, de las noches estrelladas, del mar y de aguas cristalinas, de frutas mal guardadas, y se alegran yendo de camino con los romeros a los santuarios famosos; en una palabra, viven, como ningún rico sabe hacerlo, en la opulencia de la naturaleza. Saborean también los manjares de la mesa del rico, y duermen en pajares bien calientes en invierno. Muchos han dado la vuelta al mundo desempeñando oficios ocasionales que toman y dejan con envidiable libertad aventurera, y terminan en los pórticos de las iglesias urbanas para mover con llagas falsas los resortes de la limosna; son pobres decadentes después de haber sido pobres sibaritas.

Estos pobres, en la época en que yo vivía entre ellos y pertenecía a esta banda, me llamaban “el escolar”. Yo era un licenciado que venía de París quemado en los fuegos de la filosofía de ABELARDO; les era sospechoso porque ponía reparos a ese sibaritismo que podría decirse delictuoso o cínico. Estos pobres eran enemigos de SAN FRANCISCO, porque SAN FRANCISCO les agotaba las fuentes de reservas.

Sucedió entonces un hecho que no aparece en las *Floreccillas*, pero sí en la crónica de CELANO, que da como sitio del relato a Alejandría. Por complemento de visión prefiero ver la escena entre olivos y viñedos de Italia; y como al juglar le están permitidos anacronismos y cambios de lugar, evoco este hecho en el centro de la deleitosa Umbría.

Era la Pascua de la agricultura: la vendimia. Llegó SAN FRANCISCO probablemente con sus tres compañeros con mucho júbilo celeste, a una especie de granja que veo como las que pinta BENOZZO GOZZOLI o GHIRLANDAIO, con grandes ventanales y solana.

SAN FRANCISCO revela muchas veces una tendencia efusiva por toda clase de gentes y reuniones; una simpatía por las manifestaciones espontáneas de alegría.

El Santo entra, se sienta; le sirven vino y comidas abundantes. En sus modales se revela la finura de su linaje y una como cortesía ritual del sacerdote. Apenas toca los alimentos. Toda su mirada es un fulgor abierto; está encantado con aquel solar de alegría. Ya empieza una zarabanda, cuando llega uno de esos pobres sibaritas enemigos a quien CELANO llama Belial.

Belial se acerca a la ventana que corresponde al sitio en que estaba SAN FRANCISCO Y éste le da una gran pata de capón, la mejor presa de su plato.

El pobre huyó con la dádiva bajo el sayo; el escolar y todos lo recibimos con gran algazara. Dijo Belial: “Esto tiene un fin”. Su figura recordaba las atelanas del teatro romano; era robusto, jocundo y fuerte y le bailaba la malicia en el rostro. Su plan consistía en escandalizar presentando en la próxima predicación de SAN FRANCISCO el capón, y decir que no había tal pobreza ni ascetismo en el Santo. Yo argüí que la vianda en sus manos probaba el ayuno del Santo; pero con la seguridad del maligno Belial contestó: “Eso no es cuenta mía; el caso es sacudir la pata de capón en el aire y encender el escándalo. La gente no discurre tanto como el escolar”. “Hermano Belial, le repliqué; no ofendas al Santo; puede ser peligroso”.

Al otro día apareció SAN FRANCISCO predicando al aire libre, ante gran multitud. Cuando se le acercó Belial, ya temblaban las almas con el arrebató de la palabra evangélica, y se veía el corazón del Santo ardiendo en llamas de amor y de gracia. De pronto, el pobre enemigo levanta en alto la pata de capón y grita y muestra ante los fieles atónitos que la pobreza y abstinencia del Santo es una impostura.

Súbitamente la pata de capón se convirtió en un pececillo luminoso en manos del mendigo.

Todos se abalanzaron al pobre, que aún no había visto que se había hecho el milagro entre sus dedos, hasta que mirando vio una luz centelleante que se reía de su malignidad; calló y quedó como una roca.

Yo no sabía a qué atender; si a la multitud que se abalanzaba sobre el mendigo, o a SAN FRANCISCO. Yo esperaba que el Santo estuviera en éxtasis, en acción de gracias; pero había caído al suelo, se arrodillaba, gemía en un paroxismo de humildad o, si se puede decir, con una especie de enojo con Dios que había desmentido al pobre enemigo.

-Yo no soy digno -murmuraba- de que Dios haya aparecido con milagro en mi favor. Me basta el Hermano Sol, el Agua casta y útil. No merezco que la atención de Dios haya humillado por mí a este hermano.

Corrió hacia el pobre bañando en lágrimas su rostro empedernido que empezó a molerse en luz de angustia. Se abrazan de modo extraordinario, y este mal pobre, a quien FRANCISCO llamaba “hermano”, como al lobo de Gubio, siguió en la Orden desde aquel día.

Tal es la historia. La multitud estaba sumamente conmovida; empezaban a arrebatarse las nubes del atardecer y había como un coro de ángeles sobre esta escena.

Y no tengo más que decir sino las palabras con que terminan siempre las *Floreillas*:

“En alabanza de Cristo. Amén”.